



AMISTAD,

Algo más que el nombre de una calle

Por: Celia Polledo.

Sin ser nuestro propósito, somos testigos de conversaciones ajenas que nos hacen meditar sobre la forma en que algunos ven la vida.

Unos jóvenes con el uniforme de Preuniversitario reían y conversaban en alta voz de diferentes temas con el desenfado propio de la edad. Sentados en un banco del Parque Central formaban el clásico grupo al que con esa edad pertenecen los adolescentes y del que, en ocasiones, salen los amigos que nos acompañan durante toda la vida. Desde otro banco cercano a ellos, los escuchaba sin proponérmelo, cuando la conversación los llevó a hablar sobre otra persona que deseaba pertenecer a su grupo. La valoración que hicieron de la ausente me dejó confundida, pues aunque, según expresaron, era una muchacha inteligente, podía “tirarles un cabo” en algunas asignaturas y buena gente pesaba más para ellos que no tenía ropas ni zapatos de marca y, por supuesto, tampoco celular. Uno de los muchachos expresó que se debían buscar amistades que dieran y no que quitaran puntos y ello ocurriría si de la que hablaban entraba en el grupo. Como colofón de aquella valoración uno de los jóvenes dijo esta frase: “Hello, mi tío dice que amistad es una calle y todos los días caminamos por ella”. Con risas, empujones y gritería en la que menudeaban palabras obscenas, dichas tanto por los varones como por las muchachas se despidieron y cada cual tomó su rumbo.

Ante opiniones tan superficiales y frías sobre lo que para ellos era la amistad, entonces, qué los unía como grupo si ser buena persona e inteligente no importaba. Dónde quedaban las enseñanzas del hogar y la escuela sobre un sentimiento que además de hermoso nos enaltece. Dónde quedaron las normas de conducta que plantean que aunque estemos en un parque, lugar público, debemos comportarnos y respetar a los que allí se encuentran, tal vez, buscando sosiego para meditar o simplemente descansar para luego continuar el camino.

Qué desagradable es oír cada día con más frecuencia en el vocabulario de niños, jóvenes y adultos, de cualquier nivel escolar, palabras obscenas y vulgares y lo peor es que ello sea ya visto como un hecho normal.

También pensé con tristeza en lo poco que esos jóvenes saben de Martí, que en la etapa de su adolescencia dio el ejemplo más hermoso de lo que para él significaba la palabra amistad, cuando junto a Fermín Valdés Domínguez, su joven amigo, fueron acusados de infidencia y acciones en contra del gobierno español, hecho que por su trascendencia podía costarles muy caro. Sin embargo, ninguno de los dos dudó en inculparse para proteger al otro, pero Martí con su conocida vehemencia y apasionamiento convenció a los jueces y fue condenado, como sabemos, a seis años de trabajo forzado en las canteras de San Lázaro. Acciones como éstas demuestran que la amistad es algo más que una calle y que a un amigo pueden unirnos fuertes lazos, sin mediar intereses económicos, materiales o de otra índole.

Un amigo no es un maniquí cargado de ropas de marca y recursos tecnológicos. Y de nuevo recordamos a Martí cuando expresó que el que tiene mucho dentro necesita poco por fuera.

La amistad verdadera nos hace brindar apoyo en momentos difíciles, a aconsejar sin imponer nuestro criterio y experimentar un hondo vacío cuando perdemos al amigo.

Es tarea de la familia y de la escuela el enseñar que la amistad es un afecto personal que se comparte con otro y se fortalece con el trato, sin mediar el interés.

Por ello, vale recordar Sirácides 6 (14):
“Un amigo fiel es refugio seguro; el que lo encontró ha hallado un tesoro”.

Vale destacar también que es tarea de todos trabajar y educar en aras de las buenas costumbres y el comportamiento correcto ya que: *“Respetar la disciplina es caminar a la vida”* (Proverbio 17)